

*Escrito por Magnus Dagon*



Como de costumbre, recuperé la consciencia sin tener ni idea de qué hora era. Tampoco es que me importara. Allá donde estaba todo parecía ser igual. Miré el reloj: casi era de noche. Me acerqué a una ventana y miré el cielo: un enorme globo terráqueo lo cubría casi por completo. Con gran parsimonia me acerqué al escritorio y cogí una de las carpetas que había sobre él donde ponía MIS DOCUMENTOS. La abrí con la mano izquierda (derecha para los zurdos) y saqué un álbum de fotos que tenía de nombre Mis Imágenes. Estuve buscando un buen rato una foto que me gustara hasta que vi una de un cielo estrellado que me parecía apropiada. La cogí de nuevo con la mano izquierda y la puse sobre el escritorio, poniendo en el álbum la foto del globo terráqueo. Cerré el álbum, lo metí dentro de la carpeta, esperé un rato y miré al cielo de nuevo. No era un cielo estrellado de verdad y lo sabía, pero estaba mejor. Mucho mejor.

Me senté en el suelo y dediqué mis cinco minutos diarios de patetismo a lamentarme por mi situación. Sabía que en aquella inútil forma corpórea que tenía no era capaz de llorar, pero al menos sí podía sentirme triste. Cuando estaba en Virtuanet todo dolor físico desaparecía, permanecía lejos, oculto por las máquinas que lo enmascaraban mientras mi mente estaba de vacaciones por el mundo de Alicia y el conejo blanco. Pero algún día tendría que regresar y lo sabía. Algún día tendría que enfrentarme a la abrumadora soledad del mundo real, conocido sólo como Realidad. Y ese día no podría acercarme a escritorio alguno para cambiar la imagen del cielo, lo vería tal como es, no tal como yo deseaba: parduzco, con tonos refractantes, ondas de choque que alteran las corrientes de aire, la radiación flotando con suavidad como un aroma de muerte. Y sentiría el pánico abrumador, la sensación de estar atrapada, más atrapada de hecho que en Virtuanet, ese mundo donde, si bien la realidad era simple y zafia, por lo menos se encontraba aún en bastantes buenas condiciones.

Salí al exterior y comprobé que el muro de llamas que rodeaba la isla aún seguía cumpliendo con su trabajo. Lo toqué para tener acceso a sus últimas actividades; nada. Ningún virus ni archivo no deseado había intentado franquear sus límites. Suspiré aliviada, pero al mismo tiempo la soledad regresó a mi corazón. El hecho de que los virus trataran de penetrar en mi cabaña, en la representación que Virtuanet otorgaba a mi sencillo ordenador, no quería decir en absoluto que hubiera alguien más vivo, con su conciencia en el país de las maravillas e intentando contactarme (para bien o para mal), pero si nadie lo intentaba eso resultaba ser menos esperanzador aún. A veces deseaba tener un enemigo, alguien que tratara de romper las barreras que impedían el acceso a mi ordenador, el Nido, como yo lo llamaba. Me hubiera hecho sentir como alguien importante, alguien a quien se tenía en cuenta. Me hubiera librado de la incierta sensación de ser una náufraga en una isla desierta.

Antes de entrar en casa de nuevo para prepararme a explorar Virtuanet, me detuve un momento frente al buzón y eché un vistazo; sólo estaban las cartas habituales, las que había decidido conservar. Abrí una de ellas, con remite de Wolf. Wolf fue uno de mis mejores amigos antes de que la radiación le friera el cerebro, como a tantos otros que estaban dentro de Virtuanet en el momento de la Gran Ola. En ocasiones pensé que con el tiempo tal vez hubiéramos sido algo más que dos desconocidos que se mandaban mensajes ocasionales de correo electrónico. La idea me gustaba y al mismo tiempo me repelía. Tenía miedo de que las cosas en persona fueran distintas que a través de los v-mail, miedo de que fuera un pirado, un tipo raro que sólo viviera para Virtuanet y desdeñara el mundo de verdad, la vida de verdad.

Pero ahora Realidad es sólo un montón de cenizas, y el mundo de verdad es Virtuanet.

Le di la vuelta al sobre para leer el remite completo. Nunca me cansaba de hacerlo.

De: wolf@hotmail.com  
Para: crow@yahoo.es  
Asunto: Hola

*hola, Crow. que tal las cosas por allí? aqui la gran ola avanza cada vez mas deprisa. dicen que es mejor que no estemos mucho tiempo en virtuanet, pero la gente no hace caso, entre ellos yo. tienen miedo de no volver a tener noticia de sus seres queridos y el correo ordinario ya no es fiable. otros han comenzado incluso a evacuar sus casas, y los hay que han gastado todos sus ahorros para comprar uno de esos caros equipos antirradiacion. no digo que no sean eficaces, pero tengo la sensacion de que a uno le salvaran la vida, en el mejor de los casos, a corto plazo; se quedara encerrado en su casa viendo como todo s viene abajo. claro que sera un buen momento para que echemos un doom, no? o bueno, mejor dicho, jugaremos a algo como un mario o un sonic, ya que al fin y al cabo el mundo se va a parecer bastante al doom y el proposito de los juegos es evadimos... siento ser tan caustico, ya lo sabes. borraría lo que he escrito, pero me gusta ser sincero, como si escribiera una carta, aunque ya no sepa ni como poner bien una coma o un acento. te ehco de menos. escribe pronto para que sepa que estas bien.*

*Wolf*

Aquella fue la última vez que recibí un mensaje de él. Le respondí, pero dudo que llegara a leer el mensaje. Desde entonces no he hecho más que atormentarme y preguntarme si Wolf no hubiera sido mi pareja ideal, como en una de esas estúpidas webs de buscar pareja, donde todo el mundo miente y por tanto todos reciben lo que están buscando. Antes de guardar la carta en la bandeja de entrada del buzón la miré una última vez. Toda la letra perfecta, clara y limpia, sin taras, sin posibilidad siquiera de pensar que se trataba de una carta mecanografiada con una máquina de escribir eléctrica. Miré el sello: Hotmail. Echaba de menos el correo ordinario. Muchísimo.

Entré de nuevo en el Nido y me acerqué al escritorio. Cogí una hoja arrancada del bloc y la miré. Ponía, sencillamente, *mira en páginas francesas*. La di la vuelta. INFORMACION.TXT. Pensé en agarrarla y lanzarla a la papelera de reciclaje, pero me quedé mirándola como una idiota, consciente de que no estaba tratando de indagar para arreglar nada. Sólo lo hacía para buscar una ocupación, para no volverme loca.

Me aparté del escritorio y me fui a la habitación del explorador de Virtuanet. Abrí con la mano izquierda la entrada y salió un perfecto clon mío, absolutamente indistinguible. Habían pasado muchos años desde que usé por primera vez el explorador de Virtuanet, pero aquella sensación de inquietud al ver una copia exacta de uno mismo no había desaparecido. Abrí otra vez la puerta con la mano izquierda y salió otra copia idéntica. Siempre tuve la tentación de abrir la puerta y mirar en su interior, preguntándome si me encontraría con infinitas copias mías allí dentro, guardadas como conservas en un almacén, esperando con ojos muertos a que mi conciencia las ocupara por rigurosos turnos, pero no lo hice. Sabía que, de hacerlo, provocaría un fallo en el programa y la puerta se vería obligada a cerrarse. Y en aquellos momentos, deseando como deseaba no volver a ver jamás Realidad, lo que menos quería era que un fallo me obligara a desconectar el ordenador. Entre la maquinaria antirradiación y el ordenador ya gastaba suficiente energía como para enfrentarme a una sobrecarga.

Mi mente se introdujo en el primer clon y el que había sido mi cuerpo hasta ese momento del día apareció ante mí tan muerto como había sentido el avatar explorador antes. Miré la hora: doce de la noche. Miré en el bolsillo: ahí estaba la llave, la dirección IP de mi ordenador, aquel objeto que, de perderlo, me dejaría indefensa ante las amenazas de Virtuanet. Como siempre, saqué la llave del bolsillo y traté de dejarla sobre el escritorio. Era inútil. Automáticamente aparecía en mi bolsillo de nuevo. No podría librarme de ella.

Salí del Nido y atravesé el muro de llamas sin problema alguno, como si fuera un fantasma, puesto que estaba configurado para dejar pasar al explorador. Antes de irme di una vuelta alrededor de la isla en la que estaba el Nido, buscando paquetes sospechosos o posibles madrigueras. Nada. Me acerqué a la orilla y me metí dentro de mi lancha. Como siempre, antes de ponerla en marcha dos candados me esperaban junto al volante, uno encima del otro. En el primero, a base de giros, introduje *Crow*, mi nombre de usuario, mientras que en el otro metí mi contraseña alfanumérica. El volante se desbloqueó y fui libre para navegar por donde yo quisiera. Puse rumbo a mi buscador habitual.

Tardé bastante más en llegar de lo que pensaba, lo que me preocupó bastante. Mi conexión con Virtuanet era bastante buena, aunque he de admitir que en muchas ocasiones tuve la tentación de robar un yate ADSL. Claro que, técnicamente, no se trataba de un robo, sino de una profanación, pues

lo más probable era que nadie más que yo quedara para disfrutarlo. No obstante no eran los remordimientos ni las dificultades las que me echaban hacia atrás. La supervivencia se había impuesto a la moral, y forzar los candados de los yates era juego de niños. El problema era que a causa de la Gran Ola parte de Virtuanet había quedado dañada, y no era el bonito mundo metafórico que solía desplegarse a mi alrededor, sino la desnuda verdad de los ceros y unos, algo que resultaba tan terrible de ver que era mejor no fijarse demasiado en ello, pues no creo que la mente humana logre jamás asimilarlo en su plenitud. Era como si tuviera que salir de Windows para moverme a través de sistemas más viejos como un MSDOS. Aunque había otra razón. Si me metía en esas zonas debería ser en funciones mínimas, lo que incluía desconectar temporalmente las inyecciones de calmantes. Y no quería volver a pasar dolor. Jamás.

Llegué a un islote con una puerta que aparentemente no llevaba a ninguna parte y que tenía la inscripción BUSCASERVER.COM. La abrí con la mano izquierda y entré en el pasillo blanco que estaba tras ella. Aquella era mi parte favorita del uso de Virtuanet.

A pesar de que no podía sentir cansancio alguno, me senté en la silla que estaba en medio y me paré a reflexionar qué quería buscar. Al fondo, frente a mí, había otra puerta, y sobre ella una pizarra. Encima había un rótulo de diseño bastante trabajado que indicaba nuevamente que estaba usando el buscador de Buscaserver. El único problema era que, dado que nadie había actualizado la página desde la Gran Ola pues no quedaba nadie para hacerlo, era el mismo desde hacía meses. Estaba tan hastiada de él que en una ocasión intenté arrancarlo, golpearlo, taparlo, realizar cualquier maniobra posible con tal de librarme de su eterna visión. Era inútil. No estaba autorizada a modificar el sitio y por tanto el letrero siempre acababa de nuevo en su lugar, reluciente, con su *bienvenido* delante de mis narices. Lamenté no haberme apuntado a ningún curso de diseño de páginas web en Realidad cuando pude.

Una vez pensé las palabras que quería buscar me acerqué al fondo del pasillo, metí la mano en el bolsillo y, como por arte de magia, saqué un rotulador y un trapo para borrar. Escribí "*Gran Ola*" + *Foco* + *Ayuda* en la pizarra y abrí la puerta con la mano izquierda. Entré y me encontré con una habitación vacía y sin salida. Volví a cerrar de nuevo y borré lo escrito con el trapo, para reescribir "*Gran Ola*" + *Ayuda*. Abrí otra vez; una habitación mucho más grande y con una veintena de puertas. Al fondo había otra puerta que ponía *siguientes veinte*. Me quedé un rato en aquella habitación echando un vistazo. Cada puerta tenía una pequeña descripción. En una de ellas ponía *Enrédate con UNICEF EL SUR DE ASIA NECESITA NUESTRA AYUDA*. Un poco tarde, pensé con sarcasmo. Seguí mirando y viendo con disgusto que ninguna de las puertas me llevaría a nada interesante: *Una gran ola en la bahía, la tercera ola* » 2005 » *Septiembre...* abrí la puerta que ponía *siguientes veinte* y entré en otra habitación donde para mi resignación sólo había dos puertas más además de aquella por la que había entrado, ninguna remotamente interesante. Salí de allí cerrando todas las puertas tras de mí y me quedé un rato en el islote mirando al cielo estrellado e inmóvil, pensando si habría alguien más y qué clase de cielo estaría viendo él o ella. Me tumbé en la playa y traté de escuchar el murmullo de las olas, las gaviotas, el rumor del viento, el crepitar de la arena mojada. Era inútil. Esas cosas estaban ahí, pero no podía escucharlas. Mi tarjeta de sonido estaba pasada de moda.

Trasladé la conciencia de nuevo al Nido y salí de allí con el segundo clon, tomando otra lancha tras identificarme de nuevo. Estaba deprimida y me sentía derrotada. No tenía ganas de hacer nada, sólo de dejarme perder en la deriva del agua calmada, tumbarme y ver pasar un día más, muerto y artificial. Durante un buen rato estuve alternando entre un clon y otro, entre la playa y el mar, buscando la paz, y en cierto modo la encontré: tuve varias horas de felicidad, de vacío amable, hasta que decidí que era hora de que me moviera. Introduje la conciencia en el explorador de la playa y me lancé al mar, donde me ahogué sin dolor alguno ni sensación desagradable. Una vez cerré dicho explorador, pues era preferible matarlos a dejarlos por ahí perdidos en Virtuanet, me concentré en el que estaba navegando y puse rumbo a alguna página dedicada a videojuegos, de las que solía frecuentar antes de la Gran Ola. Llegué a un enorme islote con otra puerta donde ponía DGAME.COM y entré. Lejos de encontrarme con otro pasillo blanco, estaba en el interior de un templo budista, en lo alto de una montaña soleada. Me acerqué a la figura del altar y lo toqué con la mano derecha. Apareció en la estatua un rodillo que podía girar para marcar distintas opciones. Lo giré hasta encontrar *abrir en una ventana nueva* y lo toqué con la mano izquierda. Aparecí en otra sala más parecida a una oficina, con un agujero en el suelo y llena de archivadores. Cada archivador tenía dos candados, de manera similar a mi lancha. Introduje mi usuario y clave y abrí el cajón, un receptáculo largísimo lleno de cartuchos de videojuegos, de donde, tras mirar un rato, elegí uno de tenis. Me lancé por el agujero en el suelo y aparecí de nuevo en el templo con el cartucho en la mano. Acto seguido salí al exterior y me arrojé por el borde de la montaña. La conexión era un poco lenta y tardé en estrellarme contra el suelo, pero una

vez lo hice aparecí de nuevo en el Nido con el cartucho en la mano. Me acerqué al televisor y lo introduje en una consola que había al lado, comenzando la presentación del videojuego. Agarré el mando y activé el menú de la televisión. Pulsé *pantalla completa*. Cogí la raqueta y me acerqué a la pista. Mi rival era Pete Sampras. Saqué una pelota del bolsillo y me preparé para el saque inicial.

Llegó un momento en el que, con el paso de los meses, me llegué a sentir feliz. Yo era adicta a Virtuanet, adicta a los chats, adicta al correo, adicta a los videojuegos; era adicta a prácticamente todo lo tecnológico que no supusiera meterse nanomierda en las venas. En cierto modo había recuperado el equilibrio, había aceptado mi destino. No tenía más que disfrutar y esperar hasta que supiera que la energía estuviera a punto de acabarse, entonces me las ingeniaría para suicidarme sin tener que pasar por Realidad. Escapar del dolor, escapar del mundo aceitoso, de la ceniza, del ácido. Partirle la cara una vez más a Mr. Bison en Tailandia, escuchar el último (en verdad el último) disco de los Nine Inch Nails en una sala de ópera, darme un paseo virtual por el Louvre. En verdad todo se me hizo cuesta abajo, me habitué a la soledad. Tal vez lo único que echaba de menos era el sexo. En alguna ocasión me metí en las páginas pornográficas, pero no follé ni una sola vez. Me limitaba a desvestirme, con lo que la página me transfería un programa para recuperar las sensaciones táctiles por todo el cuerpo. En circunstancias habituales un explorador sólo poseía sensaciones táctiles en las manos, pero cuando estaba allí... cuando estaba allí todo era palpable, tangible. Miraba impasible cientos de orgías a mi alrededor, sabiendo que ni una sola de aquellas personas era de verdad, concentrada en tocar las paredes, sentir el suelo, el simple roce de mis brazos al cruzarse. Siempre deseaba prolongar esa sensación aun fuera de la página e irme a la playa, tumbarme y notar la suavidad de la arena, pero era imposible. Siempre, cuando salía de allí, sólo la tumba de los sentidos me esperaba. Oído deficiente, vista borrosa, apenas capaz de distinguir con claridad sombras o contornos, debido a la escasa potencia gráfica de mi ordenador. Olfato nulo. Gusto nulo. ¿Comer? Hacía meses que no recordaba comer. Eso lo hacía la animación suspendida por mí en Realidad, paliando todas mis escatológicas necesidades básicas, permitiéndome huir del sufrimiento de la carne pero impidiéndome disfrutar de sus ventajas. En ocasiones estaba tentada de regresar y notar la saliva en mi boca, el palpitar de mi corazón, el movimiento de los dedos de mis pies; pero eso conllevaría la ponzoña, el humo, los huesos que crujen, la espalda que se atrofia, las piernas que no responden; pero sobre todo las manos. Conllevaría las manos. No volvería a sentir eso en las manos.

Y un buen día regresé al punto de partida. Al miedo, a la duda, a la incertidumbre. Ocurrió no mucho tiempo atrás. Me levanté como de costumbre después de haber estado durmiendo unas pocas horas (la única necesidad que es idéntica en Virtuanet y Realidad), me acerqué al escritorio, cogí el álbum de fotos y busqué un nuevo cielo para un nuevo día. Elegí una base espacial y lo cambié por la imagen del día anterior, una torre al fondo de una pradera verde y silenciosa. Antes de cerrar el álbum me fijé en varias de las fotos y evidencí lo sola que siempre había estado al ver las pocas fotos propias que poseía, que no había copiado y pegado de otras páginas web o que no me habían mandado por correo. Entre ellas estuve mirando una de Nix. Nix era mi gato en Realidad, mi mascota desde los quince años. Lo quería más que a nada en el mundo, más que a la mayor parte de las personas. No era muy cariñoso, pero había momentos en los que estar junto a él me dotaba de una paz que jamás ninguna de las simulaciones de Virtuanet me podría conceder. En aquella foto tenía tres años y estaba subido a la mesa del comedor, la misma mesa que la Gran Ola astilló hasta convertir en diminutas partículas. Cuando conecté la maquinaria antirradiación ésta habilitó mi cuarto para eliminar las sustancias tóxicas o nocivas para el genoma y asegurar que no volverían a entrar, más o menos lo que el muro de llamas hacía en el Nido pero en el mundo real. Sin embargo Nix se asustó y trató de salir por la compuerta a medio cerrar. Traté de agarrarle, pero fue inútil, pues no podía estirarme más en el suelo y por mucho que lo intentara no llegaría a alcanzarle. El animal se dio cuenta de su error y trató de regresar. Yo intenté recibirle, pero la compuerta se selló un momento antes de que entrara. La radiación me dañó las manos, que empezaron a corroerse. Horrorizada observé cómo se derretían, incapaz tan siquiera de gritar, cuando la máquina antirradiación detuvo el proceso. Sabía que si quería detener aquel dolor puntiagudo de millones de cristales antes de que me paralizara por completo debía meterme en animación suspendida, pero miré una última vez al exterior. La piel y los músculos de Nix eran un charco en el suelo, como el queso fundido, y su esqueleto era un amasijo de huesos revueltos y quebrados. Al menos tengo el consuelo de que sé que no sufrió. Por otro lado, creo que esa fue la última vez que sudé y noté el sutil olor a chamuscado.

Cerré el álbum y traté de llorar. Con todas mis fuerzas; no fui capaz. No conseguiría llorar ni aunque me arrancara los ojos de las órbitas. Cosa que, por otro lado, podría haber hecho sin sufrir dolor alguno. Sólo comprar otra tarjeta gráfica y problema solucionado.

Salí al buzón, deprimida, y lo abrí. Encontré cantidades ingentes de correo no deseado, que se desparramó por el suelo. Furiosa, me llevé toda aquella basura y me metí en casa de nuevo, directa a la papelería de reciclaje. Uno tras otro, los fui lanzando sin piedad, observando cómo se acumulaban. Cuando la papelería estaba muy llena, la vaciaba de una patada, cayendo todo al pavimento y desvaneciéndose al instante. En realidad bastaba con volcarla, pero estaba tan enfadada que necesitaba desahogarme de alguna manera. Poco me importaba que la papelería permaneciera impoluta, sin un rasguño, y volviera a su posición original como un tentetieso, que sus flechas verdes estuvieran siempre ahí, nunca agrietándose ni perdiendo color, para hacerme notar la mentira en la que vivía. Seguí arrojando mensajes sin pausa, pero de repente me detuve. Uno de los que había arrojado mostraba el asunto en la parte trasera, y ponía *Estoy vivo*. Lo saqué de allí y lo abrí. Era claro y conciso.

De: newman@hotmail.com  
Para: crow@yahoo.es  
Asunto: Estoy vivo

*He sobrevivido a la Gran Ola. ¿Alguien más ha sobrevivido? Mi buzón está dañado, tengo que cambiar de casa. Mi usuario es Newman. Por favor que alguien conteste.*

Fui corriendo al escritorio y cogí el bloc de notas. Abrí por la primera página, saqué un bolígrafo del bolsillo mágico y comencé a escribir un mensaje a dicha dirección. Sabía que no tenía muchas esperanzas de que lo recibiera, dado lo que decía, pero tenía que intentarlo. Fui al buzón, lo abrí con la mano derecha y marqué en el rodillo la opción *nuevo mensaje*. Saqué un sobre vacío del fondo. Volví al escritorio, cogí unas tijeras y pegamento del bolsillo mágico y corté el mensaje del bloc, pegándolo dentro del sobre. Automáticamente apareció una carta con el mismo contenido en su interior. Puse un sello de Yahoo y cerré el buzón, subiendo la bandera para enviarlo. Me fui a casa, cogí un libro de la estantería MIS DOCUMENTOS y traté de leer para distraerme. Al cabo de un rato lo lancé nerviosa contra la papelería de reciclaje. Encesté el libro a pesar de no tener ángulo suficiente para ello.

Como era de esperar, los días pasaron y no recibí respuesta alguna. El mensaje debió ser mandado meses antes de que lo recibiera, de modo que sólo tenía su nombre de usuario para guiarme. Los primeros días me concentré en navegar hasta Buscaserver.com y escribir en la pizarra de la habitación inicial todo lo que se me ocurriera que tuviera que ver con su nombre de usuario, no encontrando nada que me ayudase. Me registré en todas las páginas que pude, tanto con mi nombre para que él lo viera como con el suyo para comprobar si los candados no se abrían indicando por tanto que dicho nombre ya lo poseía otro usuario. Corté con las tijeras fotografías mías del álbum Mis Imágenes y la coloqué en todas las galerías de fotos que encontré, desde cuadros BMP hasta posters JPG, sin obtener resultado alguno. Y finalmente, empleé el método que había estado evadiendo desde el principio.

Los chats.

Cada día era como una intensa cacería. Empleaba tantos exploradores como podía, o más bien tantos como me permitía la memoria del ordenador. Salvo la animación suspendida y la maquinaria antirradiación, desconecté todas las funciones que pude con tal de sacar un clon más de la habitación. Acto seguido, por rigurosos turnos, me introducía en ellos para navegar a todas las islas chat que pudiera encontrar. Una vez estaban todos listos, descolgaba el teléfono y marcaba *BuscoaNewman*. Después de eso, esperar. Un intenso esperar, día tras día, hora tras hora, los segundos eternos, la soledad más visible que nunca. Esperar a que el teléfono sonara, a que pusiera fin a mi impaciencia, una impaciencia que perdí y volví a recuperar por culpa de un mensaje enviado al azar a mi correo y Dios sabe cuántos más.

Y al fin llamaron. Lo cogí con impaciencia, arrojando la pizarra al mar, pues mi explorador poseía micrófono y por tanto podía hablar con mi propia voz. Aun así la pizarra se materializó de nuevo junto a mí.

—¿Quién es? —pregunté. Mi voz sonaba retorcida y lejana. Mi micrófono no era de muy buena calidad.

—Soy Newman —dijo la voz sin más. Sonaba metálica e inquietante, como la mía, pero algo en ella distinto de su robótico tono me dio miedo. Algo que no sabría describir.

—Recibí tu mensaje.

—Lo sé —no dijo ni trató de insinuar más. Era como hablar con un contestador.

—¿Cómo podemos vernos?

—No lo sé —dijo distante. Sonaba como si tuviera la boca llena de tornillos.

—¿Tienes Messenger? —dije tratando de mantener la calma.

—Sí.

—Mañana a esta misma hora, escribe en tu lista *crow@yahoo.es*, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo la voz oxidada.

Colgué y me planteé por qué no había acordado que nos viéramos antes. No necesité mucho tiempo para saberlo. Tenía miedo. Miedo de que ya no supiera comportarme como un ser social, de que hubiera sobrepasado los límites de lo gregario, de que sólo fuera un animal, un cazador instintivo. Miedo de que fuera a él al que le estuvieran pasando todas esas cosas.

Tardé mucho en regresar a casa. Tenía que ahogarme cientos de veces para estar correctamente protegida. Una vez llegué cambié el cielo por nubes de un atardecer y me tumbé sin hacer nada hasta que apareció el protector de pantalla, un laberinto de ladrillos. Me perdí dando vueltas en él en lo que reflexionaba acerca de qué iba a decirle a aquel desconocido. Tal vez su sufrimiento había sido peor que el mío, al fin y al cabo todos mis parientes cercanos ya habían muerto antes de la Gran Ola. Tal vez tuvo mujer o hijos de los que no pudo despedirse. Tal vez los vio derretirse del mismo modo que yo vi desaparecer a Nix para siempre. Tal vez aún guarda sus cuadros, sus fotos o sus posters en sus imágenes, en IMÁGENES DE NEWMAN.

Pero podía no ser así. Es decir, ése pudo ser él al principio, pero lo importante era quién era él después. Tal vez estuviera tan sediento de sexo que quisiera violarme aunque no tuviera claro ni cómo hacerlo. O no era más que una máscara muerta sin emociones ni sentimientos, un trozo de carne incorrupta que vagaba por los rescoldos de un mundo despoblado.

Y también podía ser la culminación de todos los deseos, alguien a quien apreciar, con quien compartir la humanidad y, ¿por qué no?, incluso amar, alguien por quien preocuparme antes que por mí misma, e incluso, incluso alguien a quien conocer... en el mundo real.

Pero todas esas cosas era mejor dejarlas de lado. Lo único que haría sería crearme una imagen preconcebida, una mentira más en aquel mundo de mentiras, y lo sabía hasta en aquel momento. De modo que salí del laberinto y me acerqué a una habitación en el sótano que ponía Messenger. Nada más abrirla con la mano izquierda y entrar mi aspecto cambió hasta mostrar el de mi avatar, parecido al mío pero con el pelo más largo y un poco más alta. Nunca había usado el Messenger desde la Gran Ola, sencillamente porque todos aquellos conocidos que podrían contactar conmigo a través de él hacía tiempo que habían muerto. Borré de la pizarra todas las direcciones menos la de Wolf (nunca he podido borrar nada que tuviera que ver con él) y retiré todos los post-it que me decían que debía actualizar urgentemente el programa, desapareciendo en cuanto los lanzaba al suelo. Abrí el armario ropero del fondo con la mano izquierda y entré dentro, apareciendo en la sección de ropa de unos grandes almacenes. Estuve mucho tiempo pensando qué aspecto ofrecer. No quería resultar anodina, pero tampoco quería dar la impresión de que actuaba y me comportaba como si nada hubiera pasado. Finalmente me puse unos vaqueros y una blusa y me dejé el pelo suelto. En las manos... en las manos me puse varios anillos, y no me puse calzado. Busqué en los grandes almacenes la salida hacia el bosque y una vez la usé salí de nuevo al programa, que se había convertido en bosque, resultando perturbadora la puerta de salida, escondida en el paisaje salvo por el pomo. Me senté en un árbol y esperé, a punto de dormirme en algunas ocasiones. Al fin varias horas después noté cómo otra puerta disimulada se abría con lentitud. Contuve la respiración, aunque técnicamente no estaba respirando en Virtuanet, y esperé.

Al principio sólo vi la espalda del hombre. Iba vestido con traje negro, nuevo y elegante a pesar de

estar pisando barro. Terminó de cerrar y se giró. Por un momento perdí el habla, y el miedo me paralizó.

No tenía cara. Sólo una sonrisa con la que hacía muecas mecánicas, como sonreír, reír, ponerse triste o serio. Yo también era así, un conglomerado inquietante de gestos pobres, pero no como él. No como aquel aterrador rostro plano. Mi avatar intentaba parecer lo más humano posible. El suyo no. En absoluto.

—Soy Newman —dijo con abrumadora sencillez. No añadió nada más. Su voz era neutra y carente de énfasis alguno.

—Yo... soy... Crow —tuve la terrible sensación de que había enseñado al enemigo el camino a casa.

—Pensé que era el único que lo había logrado.

—¿Lograr qué? ¿Escapar de la radiación?

—¿Escapar? —un rictus instantáneo paseó por su semblante mudo—. No, no me refería a eso. Creo, Crow, que debemos permanecer unidos.

Dio unos pasos y se acercó más a mí. Traté de echarme para atrás, pero las piernas no me respondían. Estaba haciendo algo, algo para retenerme.

—¿Por qué... crees eso? —trataba de moverme, pero era inútil. Busqué en los bolsillos cualquier cosa que pudiera ayudarme. No hacía más que arrojar al suelo bolígrafos, rotuladores, todo desvaneciéndose al tiempo que caía a mis pies.

—Los dos juntos podemos sobrevivir, Crow —argumentó en lo que seguía avanzando hacia mí—. Yo tengo mi inteligencia, tú tienes tus medios. Mi ordenador es un palacio, pero un palacio vacío. Tanto espacio en él no me sirve para nada si no tengo programas con los que llenarlo, los mismos que tú tienes.

—Dijiste... que habías perdido tu ordenador.

—Mentí, Crow. Verás, me he... adaptado a los nuevos tiempos. Considero a Virtuanet como mi reino, pero para eso tengo que dominarlo al completo.

Seguí buscando en mis bolsillos, de los que nunca dejaban de salir los mismos objetos que tiraba al suelo, hasta que me di cuenta de lo que él quería en realidad y lo que tenía que buscar yo para evitarlo. Me concentré y allí, entre mis dedos, apareció la llave, la misma que nunca podía evitar llevar conmigo. Mi IP, que le abriría las puertas del Nido. Si la conseguía estaría perdida.

El otro objeto era un mechero.

Saqué el mechero y apunté con él hacia Newman. No pude saber si le atemorizó, pero al menos usó un gesto severo.

—Dame esa llave, Crow. ¿Qué vas a poder hacerme con un mechero?

Encendí el mechero y un círculo de llamas me rodeó y me protegió de él, del mismo modo que protegía al Nido de los ataques del exterior. Newman puso cara de enfado.

—Quiero tu ordenador y lo acabaré consiguiendo. Disfruta de él de momento. Mientras tanto, por las molestias... compartiré contigo una de mis imágenes.

Sacó una foto del bolsillo de la chaqueta y la dejó en el suelo. Acto seguido se marchó por la misma puerta por la que había venido y la puerta desapareció. Las llamas se extendieron hasta quemar el bosque, y cuando el paisaje fue un montón de cenizas humeantes se desvaneció para dar paso de nuevo a la habitual habitación que presentaba el Messenger cuando entraba en él. La foto seguía en el suelo. La cogí y la examiné con dedos temblorosos. La miré horrorizada y comprendí. Comprendí que aquello, aquella cosa monstruosa, era él. Antes siquiera de leer nada, de asimilar nada más. La aparté de mis manos corriendo y me acurruqué en una esquina. Quise chillar, pero las palabras no podían salir de mis labios pues ya no estaba en modo de conversación. Cuando me calmé,

al borde de la histeria, comprendí por qué rió cuando pregunté si había escapado de la radiación. Me acerqué de nuevo a la foto y, sin mirarla, la giré. Detrás venía el nombre del archivo: NEWMAN.JPG.

Creo que fue después de aquello cuando comenzó el infierno.

Empezó con la saturación de mi buzón, hasta que llegó un día en que, sorprendida, me di cuenta de que no podía abrirlo. Empleé todos los medios que pude utilizar, pero era inútil. Todo lo que consistiera en forzarlo, romperlo, tirarlo, arrancarlo del poste, acababa con el buzón en perfecto estado en su posición original, como si no hubiera hecho nada. El tiempo no dejó de pasar y un buen día comprobé con impotencia que el buzón ya no estaba. Había perdido mi correo. Sabía que era culpa de él. Era su primer paso: aislarme de los servicios automáticos. Y sabía por qué lo hacía. Me iba a atacar con tanta fiereza que quería impedirme la suscripción y descarga de más antivirus de los que tuviera.

Sabía que tenía que conseguir una nueva cuenta de correo cuanto antes, de modo que el mismo día en que la antigua fue cancelada fui a la lancha para navegar a la página de correo más próxima. Sin embargo una niebla espesa me impedía ver el camino y mucho menos llegar a mi destino. Siempre acababa en otras islas llenas de enormes letreros luminosos donde ponía *casino online* o *tenemos empleo para usted*. Había tomado los mandos de mi lancha. Se estaba apropiando de mi conexión.

Puse rumbo rápido a otras islas, tratando de guiarme incluso a través de la niebla, avanzando a tientas con la esperanza de llegar a algún sitio conocido y guiarme dentro de él por medio de sus puertas. Pero de repente ocurrió lo que tarde o temprano iba a ocurrir.

Llegó la criatura.

Yo nunca había visto uno de cerca, pero tuve amigos antes de la Gran Ola que se vieron atacados por ellos. Un enorme calamar se lanzó sobre mí y la embarcación y la partió en dos. Acto seguido me agarró con uno de sus tentáculos y me hundió en el fondo del mar. Me estaba ahogando y no sentía dolor alguno, pero sabía que no era eso lo que Newman quería. Él quería demostrarme que no tendría lugar donde esconderme, lugar a donde escapar. Él sería una aberración en Realidad, pero me iba a demostrar que era el rey supremo de Virtuanet.

Cuando el calamar gigante acabó su trabajo me encontré de nuevo en el Nido. Traté de salir cuanto antes de nuevo, pero era demasiado tarde: la embarcación, como nueva, estaba al otro lado del muro de llamas, pero podía ver los tentáculos amenazantes enroscarse entre ellos y alrededor de la lancha. Newman había usado un virus muy poderoso.

Opté por la única opción que tenía. En el jardín había un tapón enorme con una cadena. Me acerqué a él y tiré con todas mis fuerzas con la mano izquierda primero y con la derecha después. Justo cuando iba a ceder un mensaje se grabó en la parte superior del tapón. *¿Está seguro?*, dijo como si de verdad supiera bien qué conllevaba lo que me disponía a hacer. Sí, pensé mientras tiraba una vez más.

Sonó un ruido como de cisterna y corrí hacia el borde del muro de llamas. Desde allí contemplé cómo el nivel del mar descendía a una velocidad alarmante, hasta que al fin desapareció y se llevó consigo embarcación, calamar y todo. Suspiré aliviada y me fui a dormir. Pensé que estaba completamente aislada pero estaba a salvo, que ya sólo me rodeaba un desierto. Que la pesadilla había acabado. Nada más lejos de la realidad.

Al día siguiente, desde la cama, comprobé que el muro de llamas había desaparecido, cosa lógica dado que ya no tenía que protegerme contra amenazas provenientes de Virtuanet. Me levanté y cogí un libro del estante MIS DOCUMENTOS que trataba sobre política en el siglo diecinueve. Lo abrí por el principio y comprobé horrorizada que todos los caracteres habían sido sustituidos por algo muy similar a jeroglíficos egipcios, si es que no lo eran. Abrí otros libros y comprobé que a todos les pasaba lo mismo. Aterrorizada pulsé la alarma, a lo que apareció la ayuda, un gato que aunque no se parecía a Nix me recordó inevitablemente a él. Traté de escucharle cuando hablaba, pero sus palabras estaban igualmente encriptadas. Tenía uno o varios virus en mi propio ordenador. Newman me echaría de Virtuanet a costa de lo que fuera, pero sólo tenía que expulsar el virus. Sólo tenía que erradicarlo y estaría a salvo, pues Newman no podría reservarme más sorpresas. No podría cruzar el mar seco. Ni todos los virus del mundo podrían hacerlo.

Busqué frenética por toda la casa y encontré varios paquetes envueltos a modo de regalo de cumpleaños y con un lazo rojo, escondidos en habitaciones donde no solía entrar a menudo pues estaban llenas de aparatos, tuberías y cables que no comprendía bien. Cogí todos los regalos y los lancé a la papelera de reciclaje. Muchos de ellos permanecieron allí, pero muchos otros desaparecieron y volvieron automáticamente a su ubicación inicial. Desesperada, di una patada a la papelera, que se vació para volver a su posición original de nuevo, y traté de eliminar los paquetes restantes con medios más sofisticados. Busqué entre mis bolsillos hasta que saqué de ellos un auscultador y lo usé en cada paquete. Según el aparato algunos eran casi inofensivos, pero identifiqué uno de ellos como portador de un virus gusano. Presa del miedo lo cogí y lo arrastré hasta el escritorio, donde tenía un escáner que podría deshacerse del paquete. Introduje el paquete en el escáner y lo toqué con la mano derecha. Busqué la opción *eliminar*. Sabía que cada segundo era vital. Al fin encontré la opción. Pero fue demasiado tarde.

Un enorme invertebrado anillado salió del paquete, destrozó el suelo y me atrapó por la cintura, alejándome del escritorio.

Traté de zafarme mientras contemplaba cómo muchas otras larvas más diminutas comenzaban a inundar todo, primero el escritorio, luego la consola, el explorador, las carpetas, los archivos, los maletines, cualquier lugar donde llegaran. El gusano apretaba cada vez más mientras trataba sin éxito de eliminarlo tocándolo con la mano derecha. Finalmente comprendí que necesitaría una manera más drástica de acabar con él o me estrujaría sin remedio, algún procedimiento radical que en la época previa a Virtuanet equivaliera a un hábil uso del teclado. Metí las manos en los bolsillos y saqué de ellos un enorme cuchillo de cocina que no podía caber ahí. Lo agarré con la mano izquierda y lo clavé en la piel arenosa de aquella mole. Al momento me soltó y cayó al suelo, retorciéndose con convulsiones mientras se fragmentaba y se colaba por las rendijas de la madera. Exhausta, me senté un momento para descansar. Fue un terrible error, pues el paquete aún no estaba siendo procesado por el escáner.

Otro gusano más grande que el anterior surgió del techo y me agarró de nuevo. Cuchillo en mano se lo clavé tantas veces como pude, pero no daba resultado. Aunque se retorció, era más fuerte que el anterior, más preparado, y no bastaba con aquella socorrida estrategia para acabar con él. Mientras notaba cómo perdía movilidad y cómo aquel ser estrujaba mi cuerpo sin provocarme daño alguno temblé de miedo. Porque sabía que el dolor empezaría justo cuando él acabara.

El gusano, finalmente, completó su tarea y mi cuerpo aplastado cayó sin conciencia que albergar dentro. En aquel momento, por unos breves segundos, mi mente estuvo en el limbo de la nada, en el instante tenebroso de transición de lo falso a lo verdadero. De Virtuanet a Realidad. Noté mi respiración, mi corazón palpitante, los espasmos de mis piernas, la pesadez de los párpados. Noté mis manos crujientes y negruzcas, el regreso del tormento. Me retorcí, me agité, me revolví como pude, pero no pude poner fin al suplicio. Aquello era el mundo auténtico, y yo no era un explorador ni un avatar. No había donde evadirse ni donde esconderse de aquella perversa realidad.

Desde entonces he aprendido a convivir con esa tortura de los sentidos con pasividad, los ojos cerrados, la mente flotando en el vacío, ni en ese mundo de ensueño que he dejado atrás ni en el terror al que con tanta devoción he sido obligada a regresar. En mi estado soy incapaz de desconectarme a mí misma, por lo que el olor a azufre y el retorcer carbónico de mis manos no me dejará en paz hasta que la energía acumulada del ordenador cese, la misma energía que con tanta vehemencia trataba de conservar y ahora me parece eterna como el tictac de un reloj en una noche de insomnio. Pero algún día acabará y entonces estaremos solos, el dolor y yo y nada más, porque aunque pueda abrir los ojos, mis ojos de verdad, y ver por última vez el entorno ceniciento que me rodea antes de despedirme de él, no lo voy a hacer. Porque a la izquierda de mi asiento hay una ventana, la misma ventana desde la cual contemplé los restos de Nix al ser alcanzado por los vientos de uranio; desde ella se puede ver el mundo en toda su plenitud, y eso no es lo último que deseo ver antes de morir.

Y ahora, en la recta final de mi carrera de fondo, sólo espero que él esté contento y tenga lo que estaba buscando. Antes le odiaba, pero ahora me da pena. Ya no jugaré más con sus reglas, ahora soy libre, libre para no sentirme amenazada, para no temer a nada ni a nadie.

Los estertores han comenzado, se extienden no sólo por las manos, también por partes de mi cuerpo de las que ni conocía su existencia. Y entre gritos de agonía comprendo que es justo. Él es un monstruo, pero yo estoy enferma y putrefacta. Sólo hemos hecho un trato silencioso.

Para mí el moribundo mundo de los hombres, y para él el flamante y joven Virtuanet.

© **Magnus Dagon**